

Bien. Cuando no encontramos en el fondo lo que nos proponíamos, buscamos alguna compensación por la superficie. Así, en esta Línea del Alba (1), en que inútilmente ha madrugado nuestro espíritu por coger el justo ángulo de comprensión, hemos de contentarnos con admirar los dispersos fragmentos de belleza, los esquivos átomos de luz, en que se deshace, en que se quiebra ante nuestros ojos desilusionados. Más que una línea, es una sucesión de ideas suspensivas; más que una alba inocente y generosa, es un roto coruscar de negaciones. Aunque no tanto. Porque, a pesar de los esfuerzos que hace el autor para que todo en el libro resulte inconexo, sonámbulo, aparecen por ahí, como decíamos, jalonados, dispersos fragmentos de belleza, que acaso inconscientemente, involuntariamente,—como el mar irascible esas hermosas piedrecillas de la playa,—pulió su ineluctable sensibilidad de poeta.

Tú no eres mía;
pero es mía tu luz,
frente del día.

Alojas la mañana de sol líquido
en tus brazos, corrientes de alegría.

Las barcas de tus palabras vienen y
[van.

Tú que tiendes distancias
para que yo me aleje.

Esta luna limada de silencios,
esta noche, sollozo de horizontes.

En mi casa
las memorias abren todas las puertas.

Hazme el surco más hondo
con tu alma de espada.

Como se puede ver, lo mejor que hay en este poeta «deshumanizado», es precisamente lo humano, y dentro de lo humano, por supuesto, lo eterno femenino. Hay, además, sugerencia, y hasta cierto estremecimiento, en estas estrofas. Vamos a copiar íntegra una poesía, que creemos realiza toda la accidental modalidad del autor, y que para él es posiblemente la mejor. (Es la única del libro que está dedicada, y a una dama):

CANTO A LOS PÁJAROS DE TU
PIEDAD

A María Teresa Zerpa Gravier.

Pájaros de tu piedad
bajo la lluvia de mi soledad.
Pájaros que me turban
como la orilla al mar.

Los ojos se me caen
como si fueran sombras recogidas.

Oh regreso celeste de estos pájaros,
color de profundidad!

Pájaros de tus manos de mar,
que vuelan como la oración
y miran como el más allá.

Qué horizontes vamos a cruzar,
qué ponientes a levantar,
pájaros finos
encendidos por el rumor del mar.

Yo voy tras de vosotros
bajo la lluvia de mi soledad.

Sí; hay sugerencia, por lo menos, en este arte, y en este poeta. Aunque esta condición presupone también otra condición en el lector;

(1) Biblioteca Alfa, Montevideo.

cierta condición de pedernal, dispuesto a producir la chispa...

Hasta hoy, de lo mejor, de lo más sugerente que hemos leído en el género, son estos dos versos con que Pablo Neruda empieza por ahí una Canción:

¡Qué pura eres de sol y de noche
[caída,
qué triunfal, desmedida, tu órbita
[de blanco!

Son dos versos de órbita desmedida, de majestad meteórica, efectivamente; pero, no son más que estos dos versos en toda la canción. Los demás siguen tras ellos, inconsistentes, fofos, como la inflada cola de un cometa.

Hay, también, cierta renuncia-ción en estos poetas vanguardistas que se malogran dogmáticamente en celdas de ocultismos, en vez de respirar el aire primordial de la clara poesía. Caminantes que, porque les parece vulgar, gastado, el viejo camino real, toman por los trogloditas atajos enmalezados, desde donde no pueden dominar siquiera el panorama, en vez de labrar concienzudamente otro bello camino, amplio, magnífico... Porque, también nosotros, lo confesamos, quisiéramos soltar velas hacia incógnitos archipiélagos; quisiéramos «luz, más luz»...

¿Qué valor substancial tiene, o puede tener, este arte de vanguardia? ¡Quién sabe! El tiempo es la piedra de toque, para probar toda afirmación. Veintinueve y veintisiete siglos, respectivamente, han pasado desde Salomón y Homero—esas dos piedras angulares del romanticismo y del clasicismo—, y

aun el agua corrosiva del tiempo no ha podido socavar sus fundamentos.

Por ahora, como consecuencia a este arte de ocultismo, va a ser necesaria una crítica de adivinación.—
Guillermo Koenenkampf.

NOVELA

EL SÉPTIMO CAMARADA, de *Boris Lavrenev.*

El recurso más usado por el novelista de la Post-revolución, es el de contrastar la psicología del hombre del antiguo y del nuevo régimen.

Una época no muere de repente. El hombre que la ha creado y se ha nutrido en ella sigue en el nuevo estado de cosas en franca o disimulada oposición, o en franca o disimulada evolución.

Del desconcierto enorme que produce la ubicación de la gente en la nueva jerarquía social, de su mayor o menor capacidad para adaptarse de las reacciones opuestas que produce un nuevo estilo de vida, llenan los novelistas soviéticos las páginas de sus mejores novelas.

Lavrenev plantea un curioso problema en su *Séptimo camarada* (1) Adamoff, un general profesor y alto funcionario del régimen zarista; por su amor a la patria, se solidariza al principio con esfuerzo y más tarde insensiblemente y casi a su pesar con la realidad revolucionaria. Por otro lado, un comunista militante, un mujik, el comandante Rikine, se enamora de las formas refinadas y escogidas que sobreviven a la vida antigua.

(1) Editorial. Cervantes. Barcelona.